

Wilhem Röpke y Peter Bauer. Condiciones culturales e institucionales del desarrollo económico*

GUSTAVO HASPERUÉ

Revista Valores en la Sociedad Industrial
Año XXIV • N° 67 • Diciembre 2006: 33-46

El objetivo de este artículo es resumir algunas ideas de los economistas Wilhelm Röpke y Peter Bauer acerca del desarrollo y, a partir de allí, realizar algunas reflexiones que permitan iluminar el problema actual de la pobreza especialmente en la Argentina.

Estos autores, cada uno de modo independiente, representaron una cierta *contra-corriente* frente a las ideas y propuestas de líderes políticos e intelectuales preocupados por el problema del subdesarrollo durante los años 50 y 60. Se puede decir que coincidían en poner más el acento en la dimensión humana y cultural del progreso económico que en las condiciones materiales o en las recetas de tipo técnico que propiciaban una ambiciosa planificación de la economía.

Tendremos oportunidad de ver cómo ideas expresadas hace más de 50 años en el caso de Röpke y más de 30 en el caso de Bauer, conservan aún hoy una sorprendente actualidad. En las conclusiones realizaré un balance de las ideas de estos autores e intentaré llevar a fondo el núcleo esencial de su pensamiento para poder sugerir, a partir de allí, alguna orientación práctica ante el desafío de elevar la calidad de vida de los más pobres.

I. Wilhelm Röpke (1899-1966)

Wilhelm Röpke nació en Scharmstedt, Alemania, en 1899. Recibió una cuidadosa educación clásica en el ámbito de la tradición religiosa protestante. Participó de joven en la Primera Guerra Mundial, experiencia que lo marcó para siempre como un

ferviente opositor a los conflictos bélicos. Su interpretación sobre las causas de la guerra lo inclinó hacia el socialismo, pensamiento que abandonaría gracias a la lectura de Ludwig von Mises. A partir de esta influencia se decidió a estudiar Sociología y Economía. Ya en la cátedra universitaria manifestó abiertamente su oposición al fascismo, y en 1933, a raíz de una crítica pública a los Nazis, debió exiliarse junto con su familia. Fue profesor de Economía en la Universidad de Estambul hasta 1937, año en el que aceptó un puesto de profesor en el Instituto de Estudios Internacionales de Ginebra. Después de la Segunda Guerra Mundial fue fundador, junto con F. Hayek, de la Sociedad Mont Pelerin, de la que fue presidente en el período 1961-1962. Ludwig Erhard reconoció la influencia del pensamiento de Röpke en la Economía Social de Mercado alemana. En 1966 falleció de un ataque al corazón en la ciudad de Ginebra.¹

1. Los países subdesarrollados

Las ideas de Röpke que voy a resumir a continuación se encuentran en su libro *Los países subdesarrollados (Unentwickelte Länder)* de 1953.² En el prólogo a la edición castellana fechado en Ginebra en 1959, el autor decía que en los seis años transcurridos desde la publicación del original alemán, sus opiniones no se habían modificado y eran aún más categóricas y decididas. Como la edición en castellano se publicaba en Buenos Aires, el autor aprovechó para hacer una referencia explícita acerca de la Argentina y

preguntarse: “¿se trata realmente de un país subdesarrollado, o estamos ante una nación que contó con un nivel relativamente alto de desarrollo y que fue arrojada por una política económica errónea hasta el nivel de un país subdesarrollado?”³

Röpke nos recuerda que el concepto de *desarrollo* es incluido por primera vez en el título de una organización internacional con la fundación del *International Bank for Reconstruction and Development* resuelta en la conferencia de Breton Woods. Además, a partir del mensaje del presidente Truman del 24 de junio de 1949, *el desarrollo de los países subdesarrollados* pasó a ser un punto programático de la política de los EE. UU. El motivo dominante en ese mensaje es que para evitar que países pobres de Asia, África y América Latina sean víctimas de las seducciones del comunismo, los países rectores de Occidente –con Estados Unidos a la cabeza– deberían contribuir a satisfacer las esperanzas que el mundo moderno ha despertado en esos pueblos; también deberían hacerlo en su propio interés económico ya que se beneficiarían de la ampliación de los mercados.⁴ Como es de suponer, Röpke no tenía ningún inconveniente con este objetivo, pero lo que le preocupaba era el tipo de programas que preferentemente se recomendaban y la ideología que les servían de base.

2. La ideología que sustenta los programas de desarrollo

Los sectores que en Occidente impulsaban el programa de desarrollo eran en general partidarios de una economía dirigida por el Estado, motivo por el cual fácilmente se ponían de acuerdo con los dirigentes de los países subdesarrollados: gobernantes, políticos e intelectuales ansiosos por implementar complejos y costosos *planes de desarrollo* que implicaban un gran control sobre la actividad económica –con el consiguiente aumento de poder para estos sectores–, y que requerían necesariamente grandes aportes de capital de los países más ricos.⁵ En una palabra, se trataba de programas sustentados por la ideología colectivista. Así lo dice Röpke:

“Para la ejecución del programa los gobiernos y las organizaciones internacionales proyectan métodos que sustituyen a las fuerzas de la economía del mercado con que Occidente intervino hasta ahora predominantemente para fomentar el desarrollo de los países atrasados. Se trata aquí de un *programa claramente dirigista*, [...] *El desarrollo de los países subdesarrollados deberá interpretarse como uno de los campos más importantes que han elegido los portadores de estas ideologías* [...] Es la gran acción con que introducen en la economía mundial la idea y los métodos de una política colectivista a la cual se suma, como siempre, una considerable dosis de política inflacionista.”⁶

3. El problema de las “condiciones previas” del desarrollo económico de Occidente

No caben dudas para este economista que la economía industrial occidental se apoya en condiciones previas de tipo sociológico, espiritual y político. Condiciones que en Occidente son resultado de un proceso histórico de varias etapas que desembocaron en el Estado constitucional y en la afirmación de los derechos de la libertad. Desde el punto de vista sociológico, una amplia clase media amante de la libertad, tanto burguesa como campesina, sirve de apoyo a la democracia. Ahora bien, en los países subdesarrollados no se dan estas condiciones previas; ignorar semejante hecho o creer que tales condiciones pueden importarse o crearse fácilmente, sólo puede conducir a un final decepcionante a cualquier programa de desarrollo. Röpke describía crudamente las carencias al respecto de los países subdesarrollados:

“Falta una tradición que podríamos llamar «liberal», si no corriésemos el riesgo de un malentendido. Falta el humus sociológico-espiritual, del cual brotaron en el Occidente el espíritu emprendedor, la honradez, el sentimiento burgués, el sentido de la responsabilidad, la fidelidad a la empresa, formalidad, puntualidad, instinto de ahorro y voluntad de trabajo; no sólo faltan empresarios dignos de este término, sino también la capa y la formación ético-espiritual que pudieran producirlos, lo que

no significa que falten hombres dispuestos a lanzarse sobre toda ocasión de enriquecimiento que se les presente.”⁷

Para esta ideología que el autor califica de *materialista*, el secreto de los países económicamente más avanzados residía en el capital, los modelos de máquinas, los recursos naturales y las recetas técnicas y de organización. La clave para él estaba más bien en el *espíritu*: ordenamiento, previsión, emprendimiento, creación y dirección humana.

“Un error radical, del que deberá liberarse radicalmente el programa de desarrollo, consiste en la idea de que lo único necesario para lograr que broten las fuerzas económicas latentes en aquellos países es el abono artificial del «capital» y los conocimientos técnico-organizatorios (del *know how*) de Occidente.”⁸

Reconocer el carácter fundamental de las condiciones previas no es tan sencillo: los países occidentales apenas se dan cuenta porque para ellos el desarrollo les es natural y entonces dan por supuestas dichas condiciones; por su parte, los representantes de los países subdesarrollados sólo ven el éxito económico y desconocen sus bases sociológico-espirituales. Ante esto, Röpke advertía que el éxito de un programa de desarrollo no podía sino depender realmente del tipo de virtudes e instituciones que se habían desarrollado en Occidente durante siglos.⁹

Tampoco el florecimiento de la industria moderna puede reducirse a un mero problema técnico de conocimiento más aporte de capital:

“La industria moderna de tipo elevado [...] quedará esencialmente limitada por su naturaleza a aquella parte de la tierra donde el que dice «mañana» quiere decir efectivamente mañana y no se refiere a una vaga posibilidad futura. Las últimas condiciones previas para esta industria son: precisión, exactitud, sentido del tiempo, seriedad y ese amor a la cosa llamado en inglés *craftmanship*, que evidentemente sólo prospera en pocos países de la tierra.”¹⁰

Esta afirmación de ninguna manera implica que haya personas o países condenados a la pobreza, ni que la economía de tipo industrial sea deseable en sí misma y carezca de inconvenientes en cuanto al modo de vida que exige. Los países subdesarrollados pueden progresar económicamente, pero la industrialización forzada no es el camino adecuado.

4. Un programa de desarrollo razonable

Un programa de desarrollo acertado y razonable debe partir de la consideración cuidadosa de la situación natural y las condiciones previas existentes para no violentarlas. Teniendo en cuenta esto, la compulsión dirigista o el aislacionismo proteccionista son procedimientos peligrosos que no favorecen el verdadero desarrollo, el cual debe ser gradual, basarse en el mejoramiento de la producción existente, sin descuidar el fomento de los factores espirituales e institucionales que estimulan el progreso. Pero Röpke lamentaba que los dirigentes de los países subdesarrollados y sus ayudantes y consejeros occidentales prefirieran el dirigismo y el proteccionismo.¹¹

Este desarrollo gradual no era contrario a la industrialización de los países pobres, pero Röpke creía que en la mayoría de los países en cuestión debía comenzarse por mejorar la producción primaria, favorecer las ramas que ofrecieran mejores posibilidades de exportación, y basar el desarrollo industrial en empresas artesanales o industriales pequeñas ya existentes, como un proceso natural de crecimiento que no necesita permanentemente del proteccionismo gubernamental.¹²

Debe tenerse en cuenta que Röpke no compartía la idea de que la producción primaria lleva necesariamente a obtener ingresos inferiores que la producción industrial.¹³ Destaco este punto para que no se crea que el autor pensaba en un destino necesariamente miserable para los productores primarios. Más aún, existen ejemplos ilustrativos de las posibilidades de economías fundamentalmente agropecuarias arruinadas por procesos de industrialización artificial; entre estos ejemplos se encuentra, lamentablemente, nuestro país:

“Argentina y Yugoslavia, para no hablar de los países situados detrás de la cortina de hierro, son buenos ejemplos del corto tiempo en que, pese a todas sus posibilidades, países agrarios florecientes pueden convertirse en verdaderas zonas de miseria, donde la anterior bendición proverbial de la tierra se convierte en pobreza o en cartillas de racionamiento.”¹⁴

Ante el problema de las fluctuaciones de los mercados mundiales de materias primas y el impacto negativo que esto tiene sobre una economía muy dependiente de estos productos, Röpke recomendaba una vez más no insistir en una diversificación artificial y dirigida mediante el fomento de la industria y la reducción del comercio exterior, sino trasladar la mezcla de los riesgos a la unidad concreta de producción, es decir, a la empresa agraria individual.¹⁵

Ahora bien, en caso de que Occidente decidiera ser coherente consigo mismo y verdaderamente quisiera contribuir al desarrollo de los países pobres por la vía del comercio libre, no debería obstruir el ingreso de la producción de esos países. En palabras de Röpke:

“Si Occidente aconseja a los países subdesarrollados no crearse un problema sin solución imitando ciegamente el industrialismo y recomienda seguir en línea general el camino de la libertad de comercio, puede exigírsele que no imponga a la exportación de materias primas y agrarias barreras de aranceles proteccionistas. Una de las mejores ayudas que puede prestar Occidente consiste en no cerrar el paso, con medidas defensivas y prohibitivas[...].”¹⁶

5. Otros problemas de los países subdesarrollados

La gran mayoría de los países subdesarrollados tenía según nuestro autor un gran problema en su constitución agraria. Denunciaba la presencia de un *predominante feudalismo agrario* caracterizado por la posesión del suelo en manos de unos cuantos terratenientes, la falta de una verdadera capa de campesinos, y la existencia de un

semiproletariado rural social y económicamente oprimido y una técnica anticuada. Debido a esto en esos países se observa un contraste verdaderamente alarmante entre un pequeño grupo de ricos más o menos europeizados y una gran masa de pobres separados de los primeros por un abismo.¹⁷

La solución a semejante problema no es la “reforma agraria” revolucionaria que proponían los comunistas, que llevaría al nuevo feudalismo del Estado totalitario, sino en la paciente y ardua tarea de creación de economías familiares campesinas de propietarios libres y en reformas relativas a la educación en las regiones rurales, a la creación de cooperativas, y otras iniciativas pertinentes que garanticen el pleno éxito del proceso agrario.¹⁸ Es una tarea muy difícil puesto que requiere de una extraordinaria perspicacia de todos los interesados, y en especial de los mismos terratenientes. Una tarea esencial para la dirigencia política e intelectual de esos países, que requiere el concurso y apoyo de los propios privilegiados por el feudalismo agrario. Pero esas clases dirigentes estaban pensando en otra cosa y Röpke advertía en qué podían terminar los programas de desarrollo en semejante contexto:

“Esta constitución agraria feudalista, con la absolutamente malsana situación social que origina, puede convertir el programa de desarrollo en una verdadera maldición, si se trata de construir una superestructura industrial sobre ese pantano social, económico y político, o si se pretende ampliar la ya bastante riesgosa estructura existente. Esto equivaldría ni más ni menos que a transformar una buena parte de los actuales semiproletarios rurales, cuya existencia no está aún totalmente desambientada, en proletarios industriales de la clase más miserable y desarraigada.”¹⁹

Es decir, habría industrias nuevas pero la condición de los nuevos obreros sería peor que su antigua condición de campesinos.

Otro problema que consideraba importante y que amenazaba seriamente las posibilidades de desarrollo en especial para algunas regiones de Asia y África, era la

sobrepoblación que no dudaba en calificar de cruel. Juzgaba necesario al respecto un cambio de mentalidad en esos pueblos que sería sin duda difícil sin herir sus tradiciones sociales y culturales.²⁰ De modo coherente con sus otras ideas sobre el desarrollo económico, creía necesario un cambio en las creencias y convicciones de esos pueblos, pero no recomendaba programas compulsivos y forzados de control de la natalidad. Veremos más adelante cómo Peter Bauer, coincidiendo en este punto parcialmente con Röpke, no aceptaba la opinión corriente en la época de que el incremento en la tasa de natalidad implique un descenso en el nivel de vida o viceversa.

6. La necesidad de capital

La inversión de capital se hace necesaria para el desarrollo de una economía.²¹ Pero como parece difícil que en los países pobres se pueda esperar la formación *voluntaria* de capital, el gobierno puede sentirse tentado al aumento forzoso del ahorro, ya sea mediante el ahorro fiscal obligatorio u otro recurso como la inflación. Ante esta idea, Röpke vuelve a citar los ejemplos de Yugoslavia y Argentina como prueba de que el gobierno puede forzar semejante tipo de ahorro, pero cuando se va más allá de cierto límite, las consecuencias son precisamente opuestas a las esperadas.²²

Las críticas de Röpke se dirigían especialmente al ahorro forzoso monetario (inflación) más que al fiscal. Este último puede ser necesario para financiar inversiones públicas o incluso para contrarrestar una tendencia al consumo exagerado en los países pobres, lo que constituía una imitación que el autor calificaba de inmoral, de los hábitos occidentales de consumo.²³

Por otra parte, la corriente de capital privado que en base al libre juego del mercado podría hacer florecer la economía de los países subdesarrollados, no parece suficiente como sí lo fue en épocas pasadas según el autor.²⁴

Sin embargo, el núcleo fundamental de la cuestión es que la demanda de capital por parte de los países pobres se da acompañada de unas circunstancias que impiden

satisfacerla en condiciones normales. Así describe Röpke el problema:

“Llegamos al verdadero punto neurálgico del asunto. En realidad tropezamos aquí con una situación directamente paradójica que puede caracterizarse del siguiente modo: *Cuanto mayor es la vehemencia con que los países subdesarrollados piden capital a fin de ejecutar sus programas de desarrollo, tanto mayor es la probabilidad de que lo soliciten en circunstancias y en una situación que impiden satisfacer sus exigencias bajo la forma de auténticos créditos e inversiones.* A nadie que esté familiarizado con el mundo de hoy le resulta enigmática esta frase, ya que sabe a qué circunstancias y a qué situación se alude: a la extravagancia de los planes económicos, a la inseguridad de los derechos, de la política económica y de la moneda, y a la exaltación nacionalista[...]²⁵”

¿No podría solucionarse en parte este inconveniente ofreciendo a los países de Occidente que quieran aportar capital alguna seguridad adicional como la extraterritorialidad jurídica y otros privilegios? La respuesta de Röpke es negativa pues considera que sería una salida contraria al verdadero desarrollo.²⁶ Este último requiere planes razonables, seguridad jurídica y estabilidad de las políticas económicas y de la moneda; todas cosas que de por sí harían innecesarias la extraterritorialidad jurídica y otras garantías semejantes.

Representa una dificultad en sí misma el hecho de que los subsidios se den de gobierno a gobierno, pues esto conlleva en general el fortalecimiento del sector público en detrimento del privado en los países pobres. Esto se ve reforzado porque frecuentemente los gobiernos propician métodos de desarrollo socialista y no programas regidos por los principios de la economía de mercado.²⁷

A esta altura cabría preguntarse si después de todo los europeos no fueron beneficiados por el Plan Marshall que les permitió reconstruir sus economías después de la Segunda Guerra Mundial. Röpke sostiene que las diferencias son notables en especial en lo que se refiere a la conducta y actitud de los líderes de los países pobres:

“Los europeos que recibieron la ayuda del Plan Marshall la aceptaron sin exigirla como un derecho, la agradecieron y finalmente no les faltó el sentimiento de que es indigno de una nación que se respeta a sí misma el verse relegada a la caridad internacional, y de que tal posición no está exenta de peligros morales e incluso económicos y únicamente puede justificarse en una situación extremadamente precaria y pasajera que deber ser superada con el propio esfuerzo y la propia economía. Un observador desapasionado advertirá que la conducta de los portavoces de los países subdesarrollados es muy distinta.”²⁸

7. La ayuda de Occidente retrasa el verdadero desarrollo

Röpke sostenía que el mundo libre –frente al comunista- debería tener mucho interés en que los países subdesarrollados contaran con un gran sector de economía privada, con una amplia capa de propietarios, campesinos, artesanos y empresarios que defiendan la economía de mercado; y por supuesto, esto serviría también al auténtico interés de los mismos países subdesarrollados. Pero, lamentablemente, una gran parte de la ayuda de Occidente va en sentido contrario:

“Fomenta colosales planes socialistas de una ambiciosa industrialización, que sólo pueden ser realizados a costa de una continua ayuda desde afuera, y mediante la autarquía y el ahorro forzoso de la población en el interior. Con ello el verdadero y serio desarrollo queda desfigurado y sufre el consiguiente retraso. A la desgraciada población de esos países, que en su ignorancia apenas ha de intuir lo más mínimo, no se le puede prestar peor servicio, mientras que sus gobernantes no pueden desear cosa mejor.”²⁹

Es decir, se producía una trágica alianza entre los promotores occidentales del desarrollo y los líderes de los países subdesarrollados, cuyo resultado sería que el dinero de Occidente se malgastase, el poder de los gobiernos de los países pobres se incrementase en su afán de planificar y controlar ampliamente la economía y la sociedad y que,

como consecuencia paradójica de todo esto, el desarrollo económico -supuesto objetivo final de todos estos programas- finalmente no pueda realizarse.

II. Peter Bauer (1915-2002)

Peter Bauer nació en Budapest, Hungría, en 1915. Se graduó en economía y ejerció la enseñanza primero en la Universidad de Cambridge y, durante el período 1960-83, fue catedrático de la London School of Economics. En 1982 le fue concedido el título nobiliario de Lord. Realizó investigaciones sobre la industria del caucho en Malasia y del cacao en África Occidental; allí observó cómo el comercio, a través de la exportación de los productos, posibilitó el enriquecimiento de un gran número de campesinos. Estas experiencias lo llevaron a ideas contrarias a las de muchos analistas posteriores a la II Guerra Mundial, quienes sostenían que la salida para el mundo subdesarrollado pasaba por una planificación de tipo socialista. Un importante representante de las ideas a las que Bauer se oponía fue el profesor G. Myrdal, quien defendía la necesidad de una amplia planificación social y económica para sacar a algunos pueblos de la situación de pobreza. Bauer creía que las funciones del gobierno debían ser limitadas y que una intervención excesiva en forma de planificación de la economía contribuiría, entre otros males, a la persistencia de la pobreza. En 2002 el Cato Institute le otorgó el primer “Premio Milton Friedman al avance de la libertad.” Bauer no pudo recibir el premio debido a que falleció ese mismo año, pocos días antes de la entrega del mismo, a la edad de 86 años.³⁰

1. Disenso sobre el desarrollo

Para el resumen del pensamiento de Peter Bauer he utilizado su libro *Crítica de la teoría del desarrollo (Dissent on development. Studies and debates in development economics)* de 1971.³¹ El autor advierte que no pretende desarrollar una teoría del desarrollo económico pues considera que semejante tarea es imposible ya que el desarrollo económico es un aspecto de la historia total de

una comunidad.³² También aclara que él preferiría utilizar el término *pobre* en lugar de *subdesarrollado*, pues esta última palabra sugiere una situación anormal, que en realidad es anormal por haber tomado a un extremo -el puñado de países considerados desarrollados- como norma.

2. Los factores determinantes del desarrollo económico

El autor se opone a la identificación de desarrollo económico y aumento del PBI *per capita*; considera que el bienestar de las personas es algo subjetivo y a veces la disminución del PBI *per capita* puede ir de la mano de un nivel de vida mejor para muchas personas. La satisfacción de tener hijos, por ejemplo, va acompañada de una disminución del PBI *per capita*.

“En las estadísticas de renta nacional el nacimiento de un ternero representa un incremento del nivel de vida, mientras que el nacimiento de un niño supone un descenso. En las discusiones actuales sobre desarrollo económico se considera a los niños más como una maldición que como una bendición [...] Sin embargo, a gran número de personas les gusta el acto de procrear hijos y también los hijos mismos.”³³

La primera de sus críticas se dirige a la tesis del *círculo vicioso de la pobreza*, según la cual los países pobres están condenados a no poder salir de la pobreza por sus propios medios puesto que su bajo nivel de renta les impide la formación de capital que haría más productivas sus economías. Bauer considera que la tesis es evidentemente inválida a la luz de la experiencia histórica que nos enseña que países hoy desarrollados salieron de la pobreza sin ayuda externa.³⁴

En el capítulo segundo del libro las críticas se dirigen a la supuesta necesidad que tienen los países subdesarrollados de una economía planificada y de la ayuda externa entendida principalmente como ayuda interestatal. La tesis de Bauer es que la planificación y la ayuda no son en absoluto imprescindibles como ha demostrado la experiencia de los países que se desarrollaron

sin economías planificadas y sin ayuda externa. Pero además semejantes programas presentan el peligro no menor de concentrar el poder y de desviar recursos de forma no productiva.³⁵

Si la pobreza no es un obstáculo para el progreso económico, si la planificación y la ayuda externa no hacen falta, ¿de qué depende el desarrollo económico? La respuesta de Bauer parte de considerar una verdad muy simple: una economía está constituida básicamente por personas que actúan buscando la satisfacción de sus necesidades. A modo de corolario, entonces, el autor sostiene que los *determinantes del desarrollo* son las *aptitudes y actitudes de las personas* sumadas a las *instituciones sociales y políticas*.³⁶ Otros factores, como por ejemplo los recursos naturales, no pueden ser sino secundarios.³⁷ Desde esta perspectiva puede decirse que hay creencias y actitudes vigentes en determinadas comunidades que son contrarias al progreso material.

3. Crítica a la necesidad de planificación

Una vez hechas estas consideraciones queda más claro el rechazo de Bauer al sistema de planificación para lograr el objetivo del desarrollo, fundamentalmente porque no parece un método adecuado para generar los determinantes del desarrollo que son principalmente personales y culturales. Además, la planificación pone a la gente al servicio de la economía, da lugar a privilegios y nepotismo, y la obsesión por los controles lleva a menudo a que los gobiernos desatiendan sus funciones esenciales; puede observarse al mismo tiempo ansiedad por planificar e incapacidad para gobernar.³⁸ Pero ocurre que mientras la planificación no es necesaria, las funciones esenciales del gobierno son un requisito indispensable para el progreso de una economía.

Lo que realmente objeta el autor no es el tamaño del sector público, ya que mayor gasto público no significa necesariamente planificación o mayor control sobre la economía, pues bien puede tratarse de gastos destinados a cumplir preferentemente funciones esenciales del gobierno. El gobierno puede decidir controlar la actividad económica, lo que no asegura de ningún modo el mejoramiento de los niveles de vida.

“Cualquier gobierno que controle estrechamente la economía puede expansionar rápidamente determinados sectores y actividades de ella sacando recursos de la población o transfiriéndolos de otros sectores. Tales gobiernos pueden por tanto desarrollar o ampliar determinadas industrias y sectores de la economía y pueden erigir impresionantes monumentos o crear abundantes máquinas militares. Pero tales logros no tienen nada que ver con el progreso de los niveles de vida generales.”³⁹

Queda claro entonces que a Bauer le resulta absurdo identificar desarrollo económico con aumento del PBI per capita: los *impresionantes monumentos* o las *abundantes máquinas militares* pueden significar aumentos del PBI y al mismo tiempo disminución de los niveles de vida generales, en especial porque los recursos se emplean de un modo que tiene poco que ver con las necesidades y preferencias de las personas.

4. Crítica a la necesidad de ayuda externa

El autor entiende por *ayuda externa* las transferencias interestatales y los préstamos subvencionados. Y no duda en afirmar que no es condición necesaria ni suficiente para el desarrollo económico. La sobrevaloración de la ayuda exterior se basa en la creencia infundada de que los prerrequisitos del desarrollo son gratuitos.

“Los partidarios de la ayuda alientan la creencia infundada de que los prerrequisitos fundamentales del desarrollo pueden obtenerse gratuitamente, e ignoran o esconden el hecho de que las poblaciones de los países desarrollados han tenido que desarrollar las facultades, actitudes e instituciones para el progreso material. Este aspecto de la ayuda se relaciona con una de las muchas paradojas de este tipo de argumentaciones: la simultánea insistencia de los partidarios de la ayuda en que la gente del mundo subdesarrollado es igual que la del mundo desarrollado, o incluso moralmente superior, y también que sin ayuda en gran escala no pueden conseguir su salvación.”⁴⁰

Una de las dificultades de la insistencia en la necesidad de la ayuda externa es que tiende a reforzar la idea de que el progreso depende de fuerzas exteriores que los propios interesados no pueden manejar.

“Esta sugerencia refuerza la actitud muy extendida en el mundo subdesarrollado, en especial en el sur de Asia, de que las oportunidades y recursos para el desarrollo económico propio y de la familia tienen que ser aportados por otros -por el estado, por los propios superiores, por la gente rica o desde el exterior. Esta actitud es a su vez un aspecto de la creencia en la eficacia de las fuerzas externas sobre el propio destino. En partes del mundo subdesarrollado esa actitud se remonta a miles de años, y especialmente en el sur de Asia, se ha visto reforzada por la tradición autoritaria de la sociedad. Es una actitud claramente desfavorable para el progreso material.”⁴¹

Es una creencia que parece incompatible con la aspiración de un pueblo a ser verdadero artífice de su propio desarrollo económico. Los programas basados en la ayuda y la planificación parecen estar basados en la idea errónea de que el desarrollo económico es posible sin cambio cultural. La difusión de esta idea equivocada ha impedido la investigación acerca de las formas para promover sin coacción el cambio institucional orientado al desarrollo. En lugar de esto, los que reciben ayuda se han concentrado en practicar alguna forma de expropiación de las clases impopulares en nombre de la justicia social o consignas parecidas. A juicio de Bauer tales medidas retrasan el progreso.⁴²

La gran dificultad que presenta la transferencia de actitudes e instituciones puede hacer que la ayuda produzca consecuencias indeseadas como la incapacidad de ahorro e inversión -porque la población no es estimulada a desarrollar esos hábitos-, y la exportación de capital -porque quien logra un excedente no cree que su dinero esté seguro en su país habida cuenta de las tendencias expropiatorias de sus gobiernos-.⁴³

Todo esto conduce a afirmar nuevamente que la clave está en las condiciones previas para el desarrollo, incluso desde el punto de vista de la necesidad de capital:

“Allí donde están presentes los requisitos previos y básicos de tipo personal, social y político para el progreso material, el capital preciso para el desarrollo normalmente se genera con base local o se consigue del extranjero en términos comerciales, bien sea para el estado, para el sector privado o para ambos.”⁴⁴

Bauer no acepta la comparación entre el Plan Marshall y la ayuda a los países subdesarrollados porque mientras las economías europeas tenían necesidad de *restaurarse* las de los países pobres debían *desarrollarse*. Además los europeos contaban desde hacía siglos con las facultades, motivaciones e instituciones favorables al desarrollo, lo cual hizo posible un rápido retorno a la prosperidad. El Plan Marshall duró cuatro años y Peter Bauer sostiene que, en vista de los acontecimientos, es perfectamente admisible creer que Europa se habría recuperado sin esa ayuda aunque menos rápidamente.⁴⁵

5. Otras posibles consecuencias negativas de la ayuda externa

La ayuda externa puede influir negativamente haciendo que la distribución de la renta sea más regresiva. Normalmente los habitantes más pobres de los países subdesarrollados -aborígenes, habitantes de desiertos y obreros rurales- no son beneficiados con la ayuda externa. Bauer no duda en afirmar que en la práctica los principales beneficiarios de la ayuda externa son miembros de la población urbana, en particular políticos, funcionarios, universitarios y ciertos sectores del mundo de los negocios. No son precisamente los más necesitados.⁴⁶

La ayuda externa es a menudo entendida como una forma de redistribuir la riqueza mundial que mejora la situación de los pobres; de la misma manera se suele razonar en el plano nacional. Nuestro economista no comparte los argumentos a favor de la redistribución, pues, según su opinión, frecuentemente tiene efectos antieconómicos y desfavorables incluso para los más pobres.

“El supuesto básico y el objetivo primordial que hay detrás de la redistribución impositiva, sea en el plano internacional como en el nacional, es que mejora la situación material del pobre. Pero hacer pobre al rico no hace rico al pobre. A menudo hace al pobre más pobre. Por ejemplo, los argumentos utilizados en defensa de la redistribución impositiva internacional, particularmente la sugerencia de que las diferencias de riquezas son censurables, ayuda a fomentar políticas nacionales igualitarias (al menos políticas igualitarias aparentes) en los países perceptores, las cuales retrasan su progreso material, incluyendo la situación y perspectivas materiales de los grupos más pobres. A menudo tales políticas impiden el crecimiento del capital y de la iniciativa y de la adquisición y despliegue de técnicas, y también desvían los recursos humanos y financieros de su uso más productivo hacia direcciones menos productivas, incluyendo la evasión fiscal.”⁴⁷

La evasión fiscal o la exportación de capital son conductas que los grupos productivos pueden sentirse incentivados a desarrollar ante un gobierno dispuesto a expropiar cualquier excedente que considere excesivo o simplemente apetecible para sus objetivos políticos.

6. Crítica a los programas de industrialización acelerada

En opinión de Bauer se suele exagerar la importancia de la industria para el desarrollo económico. El desarrollo industrial debe ser considerado una variable dependiente de lo que él llama *determinantes del desarrollo*.

“La relación entre el nivel de desarrollo económico y la importancia relativa de la industria manufacturera es mucho menos tajante de lo que a menudo se sugiere en las discusiones actuales. [...] [L]as referencias corrientes a estas relaciones confunden una correlación estadística con una relación de causa-efecto. Tanto la riqueza relativa como el más alto grado de industrialización de los países ricos reflejan la posesión de valiosos recursos, incluyendo técnicas y experiencia.

Por tanto, ambos fenómenos son principalmente variables dependientes de otras influencias.”⁴⁸

No parece entonces aconsejable implantar artificialmente industrias cuando las condiciones básicas no acompañan; no podría llamarse a eso *desarrollo*.

Es cierto que hay actividades que sin apoyo gubernamental no surgirían, pero eso no significa que su existencia implique un uso eficiente de los recursos o que fomente el progreso económico. La subvención a una actividad parece presuponer que esos recursos son allí más productivos que en otro lugar de la economía; pero la misma necesidad de subvención o protección constituye una presunción en contra de esa tesis: por regla general una actividad eficientemente desarrollada no necesita protecciones especiales. Pueden hacerse consideraciones similares en relación con la política de sustitución de importaciones.⁴⁹

La industrialización acelerada es un procedimiento que no respeta los tiempos de transición y adaptación que las personas necesitan para pasar de economías de subsistencia a economías monetarias modernas. Así lo expresa el economista:

“La agricultura ha sido la ocupación principal de estos países durante siglos e incluso milenios. Por tanto, en la producción de cosechas para la venta, las dificultades de la adaptación de actitudes e instituciones durante la transición de una producción de subsistencia a una economía de cambio o monetaria, no se ven complementadas por la necesidad de tener que adquirir al mismo tiempo conocimientos acerca de métodos y técnicas de producción enteramente nuevos. Después de emplear algún tiempo en el cultivo de cosechas para la venta, la gente encuentra más fácil acostumbrarse a las formas, actitudes e instituciones apropiadas para una economía monetaria. Esta mayor familiaridad con la economía monetaria facilita la industrialización efectiva. En estas condiciones de transición de una economía de subsistencia a una monetaria, las condiciones más extendidas en los países pobres, la producción de cosechas de fácil salida y la industrialización efectiva son, por tanto,

complementarias en el tiempo. El desfavorable contraste que a menudo se establece entre la agricultura y la industria, en detrimento de la primera, constituye un ejemplo de una aproximación estática y no histórica al desarrollo económico, una aproximación que resulta inapropiada para el desarrollo histórico de las sociedades.”⁵⁰

Probablemente sea la impaciencia la causa del rechazo a la necesaria dimensión histórica del desarrollo, pero la impaciencia conduce a la imprudencia por desconocimiento de la realidad, y así los programas de desarrollo inapropiados terminan por hacer innecesariamente más largo todo el proceso.

7. El problema de la natalidad

Sobre la condena de Occidente a las altas tasas de natalidad en los países pobres, nuestro autor opina que es otra muestra de paternalismo típica de los defensores de la ayuda externa, pues no tiene en cuenta si esas tasas de natalidad reflejan preferencias de los padres de esos países.⁵¹

Bauer acepta que el crecimiento de la población está relacionado con el progreso material, pero no cree que el primer factor sea la variable independiente:

“El crecimiento de la población, el progreso material y la motivación también están claramente relacionados siendo esta última la variable independiente decisiva. [...] La reducción de la tasa de crecimiento de la población representa la modificación de una tasa de cambio que en sí misma (esto es, a menos que se acompañe de otros cambios) no puede dar lugar a una mejora apreciable de los niveles de vida generales durante algunos años o incluso décadas y que, por tanto, no puede considerarse apropiadamente como causa de tal mejora durante esos períodos.”⁵²

El número de hijos por familia no es la cuestión determinante. En el momento del nacimiento cualquier niño reduce la renta nacional *per capita*, y esto es así aunque la familia tenga un solo hijo. A lo largo del período de toda su vida, la persona aumentará

o no la renta nacional *per capita* dependiendo de si su aporte personal a dicha renta es superior o inferior al promedio del aporte de los demás. Ahora bien, este aporte depende de varios factores entre los cuales, según Bauer, el número de hijos por familia no está incluido.⁵³

8. Los programas de desarrollo obstruyen el desarrollo

La oposición de nuestro autor a la ayuda externa tal como estaba planteada y a la planificación global de la economía, no se basaba sólo en que serían medios inútiles para el logro de sus objetivos, sino en que serían perjudiciales para los determinantes personales e institucionales del desarrollo, lo cual es mucho peor. Él confiaba más bien en las posibilidades de una economía libre, donde los contactos externos mediante el comercio permitirían a los grupos más pobres aprender y adaptar gradualmente sus economías de subsistencia a una producción para el mercado y, a partir de allí podrían seguir progresando según sus posibilidades reales. Diversos estudios empíricos sobre Asia y África lo habían confirmado en esa opinión, además del apoyo en la reflexión y el análisis económico.⁵⁴

III. Conclusiones

Las ideas de Röpke y Bauer nos permiten comprender que el problema del desarrollo económico no es semejante a un problema de ingeniería. Los seres humanos no son engranajes y las comunidades que forman no son máquinas. Y como el desarrollo económico es producido por los seres humanos a través del trabajo mancomunado de varias generaciones, debe admitirse que resulta principalmente de las capacidades de las personas, de sus valores, de sus hábitos y del marco institucional que les permite cooperar armónica y eficientemente.

La preferencia de estos autores por la economía de mercado es perfectamente coherente con estos principios. Es un tipo de economía que permite a las personas expresar creativamente sus posibilidades

de trabajo, manifestar sus demandas y necesidades y también aprender y mejorar las técnicas productivas. Se trata entonces de una defensa consecuente de la libertad de las personas en el terreno económico para hacer posible el despliegue de las energías humanas capaces de lograr el desarrollo. Hemos visto que ninguno de ellos propicia la competencia despiadada o salvaje, ni el mercado sin reglas, o la ausencia total del Estado. Más aún, ambos creen en las funciones esenciales del gobierno –ique no consisten en planificar toda la economía o introducir controles por todas partes!- como requisitos básicos de tipo institucional para el buen funcionamiento de una economía libre.

La defensa de la libertad de mercado y del comercio por parte de Röpke y Bauer –quizá convenga puntualizarlo- tampoco significa la defensa de intereses sectoriales, como los del sector financiero o las empresas multinacionales, sino la defensa de los ciudadanos frente a un poder estatal exagerado y arbitrario que restringe la libertad y los derechos de las personas, y pone así obstáculos graves al desarrollo económico. Paradójicamente, como decía Bauer, los gobiernos ansiosos por planificar no suelen manifestar la misma preocupación por gobernar.

Quiero destacar también la insistencia de Röpke sobre la importancia de contar con una amplia clase media burguesa y campesina que ame la libertad y constituya el verdadero soporte de las instituciones del estado de derecho. La defensa de la economía de mercado incluye entonces la necesidad de una adecuada difusión de la propiedad, y no su concentración en pocas manos. Recordemos las consideraciones del economista alemán sobre el problema agrario en muchos países subdesarrollados.

La insistencia de ambos economistas en la necesidad de admitir que el desarrollo debe ser gradual también tiene su justificación en el carácter histórico y fundamentalmente humano de ese proceso. El aprendizaje, el desarrollo de capacidades y hábitos, la adaptación a situaciones nuevas, el paso de economías de subsistencia a economías más desarrolladas y la asimilación adaptada de instituciones son procesos que

necesariamente requieren tiempo, a veces más del que podríamos desear, pero saltar etapas es olvidar que el agente principal del progreso económico es el hombre; el hombre que para sostener el progreso económico debe desarrollar dimensiones fundamentales a nivel personal y social.

En síntesis, cultura e instituciones aparecen como las claves del desarrollo económico. Entendemos aquí por *cultura* tanto las aptitudes y capacidades personales convenientemente desarrolladas como también las creencias, valores y hábitos compartidos por una comunidad, entre los cuales se destacan la amplitud y el tipo de relaciones sociales. Las *instituciones* son también, por supuesto, un producto cultural pero se pueden distinguir de lo que llamamos *cultura*, en cuanto constituyen el *sistema jurídico* que sirve de marco y establece las reglas de la vida social, política y económica. Dentro de un mismo país, distintos grupos humanos logran a menudo niveles de progreso material diferentes. Es razonable pensar que ya que se encuentran dentro de un mismo ámbito institucional, la clave es la cultura.⁵⁵

Podemos a esta altura preguntarnos si lo más importante es la cultura o las instituciones. Creo que planteado así el problema la respuesta debería ser *la cultura*, porque no es difícil pensar que gran parte de las leyes de un país pueden transformarse en realidad en *letra muerta*, si los ciudadanos no creen en ellas, ni las valoran, ni las encarnan en sus hábitos de comportamiento. En cambio, si un sistema de valores adecuado y favorable al desarrollo se *objetiva* en sus correspondientes instituciones, éstas harán posible y facilitarán el despliegue de energías humanas capaces de elevar el nivel de vida de la comunidad. Röpke y Bauer nos recordaban que en Europa después siglos de evolución se han consolidado unas instituciones favorables al desarrollo que están a su vez sustentadas por la cultura.

Creo que el pensamiento de los economistas Röpke y Bauer tiene gran actualidad para la Argentina de hoy en vista especialmente de la urgente necesidad de luchar contra la pobreza de una gran parte de su población. Desde una perspectiva histórica, la Argentina presenta una cantidad significativa de problemas típicos de los países subdesarrollados. Menciono algunos

que son ya verdaderos lugares comunes sin la pretensión de ser exhaustivo: debilidad e inestabilidad institucional; inflación y política fiscal fluctuante; experimentos de industrialización forzosa a expensas del campo u otras actividades productivas; proteccionismos y amplios controles a la actividad económica; confiscación de rentas o ahorros; evasión fiscal y exportación de capital; feudalismo, especialmente en algunas provincias; cultura rentista; conflictos redistributivos entre sectores diversos; corrupción; creencia en el origen externo de nuestros males; desconfianza y dificultad para el consenso y la cooperación.

En este contexto, ¿qué significa ayudar a los pobres? ¿Qué hacer para promover el desarrollo económico de nuestro país? El problema de los pobres no es principalmente de falta de dinero o capital. Esta situación es más bien una consecuencia de condiciones culturales e institucionales desfavorables con hondas raíces en la historia. Nuestra primera tarea es un diagnóstico acertado de la realidad. Y si para ese diagnóstico tenemos en cuenta los valiosos aportes de Röpke y Bauer, debemos convenir que lo más inteligente no pasa exclusivamente por otorgar a los pobres dinero y otros bienes materiales, sin preocuparnos por los factores personales e institucionales que les impiden desplegar un modo de vida digno gracias a su propio trabajo. Este modo de solidaridad *materialista* no remueve las causas de la pobreza y es posible que las acentúe.

Todos aquellos interesados en elevar verdaderamente la calidad de vida de los pobres, sean políticos, empresarios, religiosos o ciudadanos solidarios en general deberán reconocer que enfrentan un problema complejo que exige un *compromiso personal* a favor de una *promoción humana integral*, que capacite al pobre para ser el principal agente de su desarrollo. Al mismo tiempo es imprescindible luchar por lograr los consensos necesarios que puedan hacer posibles las necesarias reformas institucionales asentadas sobre bases sólidas. Esto también exige tiempo y paciencia: recordemos que las mejores instituciones pueden resultar meramente formales sin sustento cultural.

Una cultura excesivamente materialista nos ha conducido a creer que a los pobres

les hace falta fundamentalmente dinero y bienes materiales, sin prestar la debida atención a los factores que les dificultan o impiden conseguirlo por sus propios medios. Por tal motivo la *solidaridad materialista* se efectiviza principalmente en donaciones fáciles que no exigen compromiso personal con el necesitado, o en políticas populistas de redistribución de los ingresos. No es infrecuente que tal tipo de acciones empujen a los pobres a la dependencia permanente.

La misma cultura materialista, en la que tener y ser se confunden, nos lleva a pensar que los pobres son seres fundamentalmente carentes: no tienen bienes materiales, entonces no tienen nada; están por tanto condenados a recibir, si alguien se digna a darles, pero no tienen nada para dar ni puede esperarse nada de ellos.

Es indudable que los pobres necesitan ayuda, pero ¿qué ayuda? *Aquella que les permita realizar su aporte específico e insustituible a la construcción del bien común de la sociedad.* Una ayuda que los promueva y no que los anule. Puede suceder que alguien crea que es demasiado idealista pensar que podemos esperar que los pobres hagan algo por sí mismos, en especial, aquellos que están en las peores condiciones. Yo creo, sin embargo, que es simplemente injusto considerar *a priori* que un ser humano no tiene nada para dar de sí. Ayudar es colaborar eficazmente para que lo posible sea real. Como se comprenderá, cualquier *programa* de ayuda a los pobres para ser eficaz requiere de vínculos y compromisos personales, mucho más típicos de las diversas formas de voluntariado que de los planes burocráticos.

La promoción humana de los pobres requiere además mejorar sus condiciones materiales de vida, el desarrollo de capacidades y hábitos para una vida familiar y laboral satisfactoria y la creación de vínculos sociales amplios y sólidos que faciliten su integración.

Pero, además de operar sobre la cultura paralelamente debe aspirarse a lograr un orden institucional que facilite el intercambio y la cooperación social a partir de la garantía de los derechos y libertades individuales.

Economistas como Röpke y Bauer nos obligan a pensar que el problema de la po-

breza en Argentina no es un problema fundamentalmente *técnico* sino *humano*. Las estrategias que no consideren principalmente el factor humano en su doble dimensión cultural e institucional –como las que los mencionados economistas tan agudamente criticaron- sólo harán más difícil la solución de los problemas. Creo que la historia argentina constituye una confirmación de esta tesis.

* Este trabajo fue realizado dentro del proyecto de investigación sobre “La deuda social argentina” del Departamento de Investigación Institucional de la Universidad Católica Argentina. Agradezco a Marcelo Resico los valiosos aportes que me ha hecho sobre el pensamiento de Wilhelm Röpke. La síntesis de este trabajo contiene seguramente deficiencias que son de mi exclusiva responsabilidad.

¹ Cfr. <http://www.eumed.net/cursecon/economistas/Ropke.htm>

² Utilizaré la edición en castellano: Röpke, W. (1959): *Los países subdesarrollados*, Del Atlántico, Buenos Aires.

³ Röpke, Wilhelm (1959), p. 1.

⁴ Cfr. Röpke, W. (1959), p. 9.

⁵ Cfr. Röpke, W. (1959), p. 7.

⁶ Röpke, W. (1959), pp. 12-13.

⁷ Röpke, W. (1959), p. 22.

⁸ Röpke, W. (1959), pp. 25-26.

⁹ Cfr. Röpke, W. (1959), p. 31.

¹⁰ Röpke, W. (1959), p. 45.

¹¹ Cfr. Röpke, W. (1959), p. 37.

¹² Röpke, W. (1959), p. 38.

¹³ Cfr. Röpke, W. (1959), p. 46.

¹⁴ Röpke, W. (1959), p. 40. Dice el autor en la nota a pie de página n° 25: “La sobreindustrialización emprendida por Perón o Tito presupone, cosa que no deberá olvidarse, una intensificación simultánea de la agricultura, pues una población rural decreciente tendrá que alimentar a una creciente población ciudadana. Tanto más catastrófico es el efecto justamente contrario, por cuanto la presión de los impuestos y su incidencia sobre los precios priva al agricultor de todo incentivo para aumentar su producción.”

¹⁵ Cfr. Röpke, W. (1959), p. 50.

¹⁶ Röpke, W. (1959), p. 52.

¹⁷ Cfr. Röpke, W. (1959), p. 53.

¹⁸ Cfr. Röpke, W. (1959), p. 53.

¹⁹ Röpke, W. (1959), p. 55.

²⁰ Cfr. Röpke, W. (1959), pp. 28-29.

²¹ Cfr. Röpke, W. (1959), p. 61.

²² Cfr. Röpke, W. (1959), pp. 62-63. "Aún cuando los ejemplos ya citados de Yugoslavia y Argentina prueban la posibilidad de hacerlo, no dejan de mostrar también muy a las claras lo que significa semejante presión de capital cuando va más allá de cierto límite: paralización del instinto de trabajar, trastorno final de la economía por un sistema autárquico-colectivista, despilfarro, pobreza y miseria."

²³ Cfr. Röpke, W. (1959), pp. 63-64.

²⁴ Cfr. Röpke, W. (1959), p. 64.

²⁵ Röpke, W. (1959), p. 65.

²⁶ Cfr. Röpke, W. (1959), pp. 65-66.

²⁷ Cfr. Röpke, W. (1959), pp. 85-86.

²⁸ Röpke, W. (1959), pp. 78-79.

²⁹ Röpke, W. (1959), p. 87.

³⁰ Cfr. <http://www.eumed.net/coursecon/economistas/Bauer.htm>

³¹ Utilizaré la edición en castellano: Bauer (1983), *Crítica de la teoría del desarrollo*, Orbis, Buenos Aires. Se trata de un libro bastante más voluminoso que el de Röpke y conviene advertir que las ideas que aquí resumo no reflejan la totalidad de la temática desarrollada por Bauer, pues consideré que las cuestiones excesivamente técnicas o las relativas específicamente al problema asiático por ejemplo, no eran necesarias para los objetivos planteados en este trabajo.

³² Cfr. Bauer, P. (1983), pp. 13-14.

³³ Bauer, P. (1983), p. 70.

³⁴ Cfr. Bauer, P. (1983), pp. 25-26 y 54.

³⁵ Cfr. Bauer, P. (1983), pp. 82-84. En la nota a pie de página n° 7 (p. 83) dice: "Poder significa aquí la capacidad de restringir las opciones abiertas a otros hombres. En el sistema de mercado existen grandes empresas y hombres ricos; pero sus recursos no confieren poder en ese sentido material, al menos en la medida que lo confiere la planificación global a los políticos y funcionarios."

³⁶ Cfr. Bauer, P. (1983), p. 87.

³⁷ Al único factor no personal que le atribuye una importancia casi decisiva es al clima.

³⁸ Cfr. Bauer, P. (1983), pp. 108- 112.

³⁹ Bauer, P. (1983), pp. 109- 110.

⁴⁰ Bauer, P. (1983), p. 125.

⁴¹ Bauer, P. (1983), p. 126.

⁴² Cfr. Bauer, P. (1983), p. 139.

⁴³ Cfr. Bauer, P. (1983), pp. 134-136.

⁴⁴ Bauer, P. (1983), p. 172.

⁴⁵ Cfr. Bauer, P. (1983), pp. 173-174.

⁴⁶ Cfr. Bauer, P. (1983), p. 147.

⁴⁷ Bauer, P. (1983), pp. 154-155.

⁴⁸ Bauer, P. (1983), pp. 189-190. Bauer además agrega: "La vulgar sugerencia de que existe una relación causa-efecto entre el crecimiento de la industria manufacturera y el desarrollo económico, es análoga a sugerir que debido a que hay más peluqueros, agentes de seguros y televisores en los países ricos que en los pobres, la promoción de estas actividades aumentaría la riqueza de los países pobres."

⁴⁹ Cfr. Bauer, P. (1983), p. 191.

⁵⁰ Bauer, P. (1983), p. 193.

⁵¹ Bauer, P. (1983), p. 160, nota 57.

⁵² Bauer, P. (1983), pp. 163-164.

⁵³ Cfr. Bauer, P. (1983), pp. 70-71.

⁵⁴ Cfr. Bauer, P. (1983), p. 142. Entre varios ejemplos históricos que podrían aducirse para ilustrar el efecto desfavorable de las políticas criticadas, Bauer cita el caso de la India: "Quince años después del comienzo de la ayuda occidental y de los planes quinquenales, la India experimentó en 1966-1967, la más agudas de sus crisis recurrentes de alimentos y de divisas. La India ha dependido durante tanto tiempo de la ayuda exterior que esta dependencia se ha venido a dar por sentada. Sin duda la historia económica de este país desde mediados de los años cincuenta ha sido la de una progresión de la pobreza al pauperismo."

⁵⁵ Se excluye de esta consideración, por supuesto, todo progreso económico logrado en base a privilegios legales, abuso de poder político, corrupción, etc. Y no debe olvidarse tampoco que los factores antes mencionados son responsables de la pobreza de muchas personas, de las cuales es posible pensar que en otro ámbito otro país, por ejemplo- serían capaces de progresar, como la experiencia histórica confirma.